

AMPARO RIVELLES

SE dice que a los actores famosos los cambia la moda. Se van imponiendo nuevos físicos o nuevas formas de interpretación, y los que un día fueron «estrellas rutilantes» deben dejar paso a otros divos.

Pero lo cierto es que cada actor representa una época, que en él se proyectan vivencias del momento, y que justamente su éxito depende de la capacidad de catalización de esas vivencias. De ahí que de acuerdo con las renovaciones sociales, cuanto menos en un plano formal, los actores deban ser sustituidos.

Unos desaparecen rotundamente, sobreviviendo en el recuerdo y en las revisiones sentimentales; otros tratan de adaptarse a las nuevas épocas (el destape de las folklóricas españolas); otros, finalmente, tratan de desaparecer físicamente del ambiente que les hizo famosos.

Este último es el caso de Amparo Rivelles, cuyas películas («Deliciosamente tontos», «Eloísa está debajo de un almendro», «El clavo», «Eugenia de Montijo», «La fe», «Fuenteovejuna», «Espronceda», «La leona de Castilla», «Alba de América», «Sabela de Cambados», «La duquesa de Benamejí...») sintetizaron una España de posguerra empujada en encontrar en el cine el reflejo de épocas no coincidentes con la suya. Amparo Rivelles se fue a México. Quizá por razones personales, quizá consciente de que su momento (como el de sus contemporáneos Ana Mariscal, Alfredo Mayo, Luchy Soto, José Nieto, Rafael Durán, Luis Peña o Armando Calvo) iba a atravesar un período de escasa brillantez. Pero el caso es que la que fue una de las máximas estrellas del cine español, cuando realmente nuestra cinematografía se preocupaba por crear mitos de sus actores, se marchó de España. Y continuó en México su éxito, un éxito allí renovado, adaptado a otras circunstancias.

Ahora, Amparo Rivelles ha pasado por Madrid, y hemos querido hablar con ella. No tanto porque fuera una actriz excepcional (no era su época de grandes actores) cuanto por plantearnos de nuevo la característica de aquel cine de posguerra.

TRIUNFO.—¿Ha encontrado usted diferencias importantes entre el cine español que dejó hace dieciocho años y el de ahora?

AMPARO RIVELLES.—Yo no he visto ahora mucho cine español, pero sé que se hace un cine diferente al que se hacía antes, lógicamente. La censura tiene la mano más abierta, mucho más, hay inquietudes... Hubo una época en que no sé si es que no había inquietudes o que no podíamos tener

las, porque no había forma... Pero ahora sí, sé que se hacen películas fuertes y un cine más internacional, lo cual me da mucho gusto.

T.—¿Por qué «no había forma» de expresar esas inquietudes?

A. R.—Es que cuando intentabas hacer una cosa nueva, un poco más fuerte, más atrevida, pues te encontrabas con un montón de dificultades. Primero, en la parte técnica, porque no existían casi ni las grúas, ni la «dolly», ni nada de eso; el «zoom» era algo prácticamente desconocido, y lo mismo durante el rodaje te cortaban la luz cinco o seis horas...

T.—A pesar de todo ello, usted ha dicho en otra ocasión que los años cuarenta, la época de Cifesa, fueron la «edad de oro» del cine español...

A. R.—Sí, sí, y lo mantengo. Se hacían muy buenas películas, esa es la verdad. Se gastaba mucho dinero, porque había que suplir con lujo en decorados, vestuario y todo eso el que los argumentos fuesen un poco planos, un poco blancos... No podíamos meternos en honduras.

T.—Usted protagonizó, sobre todo, cine del llamado «histórico»...

A. R.—Sí, hijo, a mí llegó a ponerme cara de camaleón, porque todas las películas históricas me las empujaba yo. No sé si es que me verían cara de antigua...

T.—Aunque también hizo varias comedias («Eloísa está debajo de un almendro» o «Deliciosamente tontos», por ejemplo)...

A. R.—A mí me ha gustado siempre horrores hacer comedia, pero no sé por qué me encasillaron en «buenas sufridas». Lloro siempre mucho —también ahora en México—, y me aburre mortalmente eso de llorar tanto.

T.—Pero lo que no llegó a interpretar fue el cine «patriótico» o directamente propagandístico, que trataba hechos de la guerra o de la «victoria sobre el comunismo internacional»...

A. R.—Bueno, es que en esas películas de guerra, como no hubiese hecho de sargento de la Legión... En realidad, eran películas básicamente de hombres, ahí fueron los grandes éxitos de Alfredo Mayo y de Luis Peña y todos los demás. Aparte de que ese tipo de cine a mí no me ha hecho nunca mucha ilusión. Quizá es que me haya quedado una especie de trauma, pero suelen ser argumentos que no me gustan.

T.—Entonces, según el contrato que usted tenía en Cifesa, podía elegir, decir que no a las películas que no le gustasen...

A. R.—Sí, tenía opción para elegir director, actor, guión y operador. Eramos muy pocos los que teníamos esto, pero algunos lo teníamos.

T.—Respecto al público, las primeras figuras de esta «edad de oro» del cine español —como usted las llama— eran una especie de pequeños o grandes mitos, ¿no?

A. R.—Grandes mitos, pues no, porque el mito es una cosa que no existe, y nosotros existíamos. Lo que sucedía es que nos aureolaban, nos hacían un poco héroes, un poco ídolos... Aquello era muy bonito.

T.—«Vedettismo» que implicaría una mayor responsabilidad en el trabajo de ustedes...

A. R.—Mejor sería decir que debería habernos implicado esa mayor responsabilidad... Pero éramos muy jóvenes, muy inconsecuentes, muy viva la Virgen... Lo que era lógico a nuestra edad; no puede ser uno sesudo a los dieciocho años, porque entonces lo que tiene que hacer es morirse ya; si no, se va a aburrir como un mono toda su vida.

T.—En esos años, ¿qué imagen cree que daba Amparo Rivelles al público español, qué papel representaba cara a él?

A. R.—No sé... La impresión que tengo ahora cuando me veo en estas películas —que la televisión mexicana pasa un día sí y otro también— es la de que yo era una niña gorda, guapa de cara, pero con una belleza como muy inocua, no sé... Mucha cara de buena, así muy gordita y bastante mala actriz... Sí, sí, bastante mala actriz. Afortunadamente, el público no debía tener la misma impresión, porque me iba muy bien. Pero de como yo me siento de actriz ahora a la actriz que era antes hay un abismo, es como de la noche al día.

T.—¿Y cómo se explica, entonces, su éxito anterior?

A. R.—Simplemente, yo creo que les caía bien. Recibía muchas cartas de soldados, de estudiantes y de eso declarándome su amor... Ese es el público bueno que hace a los actores o a las actrices. La gente un poco ingenua como eran ellos me encontraban sensacional, y les gustaba muchísimo, y llenaban los cines para verme. Ahí estaba mi éxito, por eso cobraba tanto dinero y tenía todas esas ventajas en Cifesa y con Cesáreo González, que en paz descansa, con el que también trabajé mucho tiempo en exclusiva. Y en cuanto vi que las cosas cambiaban, que empezaban a bandearse un poco regularmente, pensé en marcharme.

T.—Pero en otra entrevista usted ha dicho que se marchó porque estaba un poco harta del ambiente del cine español...

A. R.—Bueno, se exageraron mis palabras. Yo no me he ido de aquí con ningún tipo de resentimiento contra nadie. Pero sí era aquella una época de tener que ir mucho a los cócteles y de hacer acto de

presencia en todas partes para que no te perdieran la pista, por aquello de «a ver si me ven y me contratan»... Todas esas cosas han ido siempre en contra de mi manera de ser y de pensar, y no me encontraba a gusto. O sea, llegó un momento en que, sin tener ningún motivo concreto pues no estaba a mi aire, y como tenía inquietudes me dije voy a probar fortuna... Entonces es cuando Manolo Fábregas me ofreció un contrato de seis semanas para México, lo acepté, y después otro de cuatro semanas para La Habana... Y estuve dos años trabajando en La Habana...

T.—¿En La Habana «buena» o en La Habana «mala»...?

A. R.—En La Habana... de antes. No sé cuál es la buena ni cuál es la mala, porque, primero, yo de política no entiendo nada, y, segundo, como no he estado allí en todo este tiempo, pues no sé, para algunos será mala... Para mí no fue muy buena, porque me quitaron mi casa, mi coche, en fin, todo lo que tenía, pero para otros sí será mejor que la que había antes... Cada cual tiene su opinión, que es muy respetable.

T.—Y en México, ¿ha tenido ocasión de conectar con los grupos de españoles exiliados?

A. R.—Sí, sí, yo tengo amigos de todas las ideas políticas. Tengo amigos comunistas, tengo amigos que pertenecen —según ellos— al Gobierno de la República en el exilio, tengo amigos franquistas, tengo amigos ateos..., no sé, de todo. Pero no hablamos nunca de política ni de religión, jamás, por eso somos tan amigos. Cada cual tiene sus ideas, y a mí me parece muy bien; nadie se mete con las convicciones ni con las creencias de nadie. Si hiciéramos lo contrario, tendríamos discusiones y broncas horribles... Cuando nos reunimos un grupo grande de amigos es para divertirnos, para hablar de teatro, de cine, de arte en general, de cualquier cosa menos de política y de religión. Por lo menos, en mí eso está total y absolutamente prohibido.

T.—¿Nunca le han interesado los temas políticos?

A. R.—Nunca.

T.—¿Y nunca ha adoptado públicamente una postura política?

A. R.—Nunca. Yo, como en aquella obra de Muñoz Seca en que un personaje decía: «Cuando vengan los míos...». Y otro le preguntaba: «Pero, ¿cuáles son los tuyos?». «Pues los que me den algo...» Yo digo lo mismo. Trabajo para el público en general; las ideas que puedan tener los que vayan a verme al teatro o al cine es cuestión suya, no mía.

T.—Pero las ideas que puedan tener las películas o las obras que usted interpreta sí le...



«Las películas de Cifesa suplían con lujo el que los argumentos fuesen un poco planos, un poco blancos».

A. R.—Ya les he dicho que hasta ahora he hecho un tipo de obras y de películas que no han tocado para nada temas políticos: alta comedia, melodrama, drama...

T.—Las películas históricas de la posguerra si tenían un contenido político...

A. R.—Pero ya tan pasado... Por Dios, si era de Isabel la Católica, no vamos a discutir ahora de la política de aquel entonces... No, no; además, el contenido político de aquellas películas estaba un poco al margen, porque lo que interesaba era la historia amorosa, no la cuestión política, en absoluto.

T.—Camblando de tema, en su trayectoria profesional hay dos datos que rompen con la tónica dominante en ella. Primero, su intervención en «Mister Arkadin», de Orson Welles...

A. R.—¡Ah!, ya ni me acordaba siquiera. Aquello surgió porque como siempre he sido muy gastona y tenía muy poco dinero entonces, pues me quería llevar a Méxi-

co lo más posible, y acepté el papel que me ofrecieron. Era un personaje totalmente episódico, pero todos eran así, excepto el del propio Orson Welles. Y como vi que, a pesar de ello, todos los interpretaban primeras figuras, no me pareció ningún desdoro el aceptarlo. Me pagaron sensacionalmente bien, lo hice en una sola sesión y quedé muy contenta. Ceo que no fue una gran película «Mister Arkadin», yo ni la he visto y no sé cómo estaría yo, me imagino que fatal, pero bueno, es una cosa más que ni quita ni pone... No ha sido una cosa fundamental en mi carrera, ni muchísimo menos.

T.—... Segundo, su trabajo en la primera representación que se dio en España de «Huis clos», de Sartre...

A. R.—Fue dentro de un ciclo de teatro de cámara que se hizo en la María Guerrero. Duraba tres horas y la representé una sola noche, con doña Lola Membrives y Guillermo Marín. Eso sí significó una cosa

importante en mi carrera, porque era una obra de las que entonces estaban prohibidísimas, sólo se podía hacer en teatro de cámara. Trabajar con doña Lola fue para mí una gran satisfacción y un honor, lo mismo que con Guillermo Marín, que es mi amigo del alma y que lo amo con pasión. Me acuerdo que nos divertimos mucho en los ensayos. Lo que pasó fue que como los tres estábamos con compañía propia, yo creo que el único día que nos reunimos de verdad en el escenario fue el día de la representación. Y antes de levantar el telón nos decíamos: «Madre de Dios, tres horas hablándonos los tres, esto va a ser tremendo...». Pero creo que todo salió muy bien.

T.—Y «Huis clos», ¿si conectaba más con esas inquietudes calladas de que antes nos hablaba, o fue otra pura casualidad como la de «Mister Arkadin»?

A. R.—Desde luego, conectaba más con mis inquietudes que «La leona de Castilla», francamente. Es que yo creo que cuando se es joven, todos tenemos inquietudes, creemos que inventamos la rebelión... Ser inquieto y rebelde lo han inventado los jóvenes desde que se han inventado los jóvenes, ¿no? Entonces es lógico que en aquella época yo intentase hacer otro tipo de cosas que las que hacía, porque, en realidad, no me gustaban mucho, habría preferido hacer otras más importantes, más... Puede que en aquel momento mi forma de pensar fuera un poco intelectualoide, equivocada, o..., pero siempre se tienen inquietudes. Yo, ahora, gracias a Dios, las vuelvo a tener también, después de una etapa tranquila en que he estado un poco como adormecida, dejando pasar las cosas y la vida. Otra vez siento el gusanillo de la inquietud, de hacer cosas nuevas e importantes.

T.—Volviendo a lo que planteábamos al principio, ¿qué se podía hacer entonces, en los años de Cifesa, con esas inquietudes que se transformaban en «La leona de Castilla»?

A. R.—Aguantarse. Porque, claro, aunque yo tenía ese derecho de opción que antes os decía, tampoco te podías negar si te ofrecían un buen guión, en el que tú ibas como gran protagonista, rodeada por un magnífico reparto y con un director y operador estupendos. Por más que no fuese el sueño dorado de tu vida, no podías decir que no. Además, tampoco había mucho donde elegir.

T.—Quizá en México las cosas cambiaran. Por ejemplo, ¿tuvo usted algún contacto con Buñuel durante los años que ambos coincidieron allí?

A. R.—Pues sí, un contacto, y, además, desagradable. Me llamaron para «El ángel exterminador» y entonces, antes de firmar el contrato, pregunté en qué orden iríamos los actores en los títulos de crédito, y me dijeron que por orden alfabético. Yo estaba perfectamente de acuerdo, pero el mismo día que

se empezaba el rodaje me trajeron el contrato a firmar y vi que, efectivamente, era por orden de aparición, pero antes que nada figuraba el cartel «Silvia Pinal en «El ángel exterminador»... cosa que me parecía la más lógica del mundo, porque la señora Pinal —que, además de ser una gran estrella, es íntima amiga mía y la adoro— era la que ponía el dinero. Entonces, tenía todo el derecho de querer ir delante de los demás, me parecía lo más lógico. Lo mismo de lógico que me pareció retirarme del rodaje, en lugar de discutir o provocar cualquier conflicto. Buñuel se enfadó mucho conmigo, porque, claro, le hicieron esperar hasta que encontraron otra actriz que me sustituyera. Yo lo sentí, pero no era eso de lo que me habían hablado. Al cabo del tiempo se lo expliqué a Silvia; que me entendió perfectamente. Así que este es el poco contacto que he tenido con Buñuel. Me figuro que no debe guardar muy buen recuerdo de mí...

T.—Dada la repercusión internacional que tuvo la película, ¿se arrepintió después de haber tomado esta decisión?

A. R.—No, no. Cuando hago una cosa, normalmente no me arrepiento después. ¿Para qué? Si ya lo has hecho y no tiene remedio, ¿qué vas a hacer? ¿Para qué vas a complacerte la vida?

T.—Está bien, eso es sano...
A. R.—Pues sí, por lo menos mi hígado viene funcionando perfectamente desde hace muchos años.

T.—¿Siempre?

A. R.—Sí, yo he sido una persona muy feliz, me he reído mucho, yo creo que por eso casi siempre he estado gordita. Me lo dijo Marañón una vez: «Una persona que se ríe como te ríes tú no puede adelgazar...». Sí, señor, me he divertido mucho, he tenido y tengo muy buenos amigos, he hecho un poco lo que me ha dado la gana —eso es importantísimo en la vida— y no tengo rencores, no tengo amarguras, no conozco gentes que me odian... Lo he pasado y lo paso muy bien, y tengo muchas personas que me quieren y a las que yo quiero, que es lo importante. Tengo una nieta preciosa, una hija preciosa... Total, que he sido muy feliz y lo he pasado muy bien, esa es la verdad. No tengo motivos para quejarme ni para decir: «¡Ay! ¡Cuánto he sufrido!». Bueno, cuando la guerra hemos sufrido todos, he pasado un hambre loca, y después de la guerra he seguido pasando hambre, porque he estado a dieta media vida, pero nada más... Quizá me arrepienta como de cuarenta y siete de las cincuenta películas que he hecho... Pero no, tampoco, no me arrepiento ni me avergüenzo da nada de lo que he hecho en mi vida o en mi trabajo. He ido cambiando mi felicidad según los años, pero he sido y soy muy feliz. ■ **Entrevista realizada con magnetofón por FERNANDO LARA y DIEGO GALAN. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.**